

San Josemaría, peregrino a Santiago¹

Luis CANO

Istituto Storico San Josemaría Escrivá. Roma

La coincidencia en 2010 del Año Santo Compostelano con el Año Sacerdotal proclamado por Su Santidad Benedicto XVI, brinda la oportunidad de referirse a una conocida figura eclesial: san Josemaría Escrivá de Balaguer, fundador del Opus Dei, que fue también peregrino de Santiago. Agradezco la invitación de la Asociación Social y Cultural Porta do Camiño a este Simposio Internacional dedicado a “Grandes protagonistas de la peregrinación a Compostela”, en el que se me ha invitado a tratar de este tema.

San Josemaría estuvo en Santiago de Compostela en varias ocasiones², pero su primera estancia fue la que mejor puede calificarse de peregrinación jacobea y en ella quiero centrar mi exposición. Tuvo lugar en julio de 1938, gracias a que el Año Santo de 1937 se había prologando por las difíciles circunstancias que atravesaba España³.

1 Conferencia pronunciada el 20 de abril de 2010, en el Simposio Internacional “Grandes protagonistas de la peregrinación a Compostela”, organizado por la Asociación Social y Cultural Porta do Camiño en la sede del Instituto Teológico Compostelano.

2 La primera estancia de san Josemaría en Santiago de Compostela tuvo lugar del 17 al 19 de julio de 1938. Estuvo en otras ocasiones en Santiago, pero casi siempre de paso para otros lugares: el 18-IX-1943, transitó en un viaje a la Toja para estar con mons. Leopoldo Eijo y Garay; en 1945 pasó tres veces por Santiago: el 10 de febrero, el 15 de junio y el 28 de septiembre, también de camino a Vigo y Pontevedra; en 1946 hay un viaje registrado en febrero: del 3 al 5; en 1947, otro del 7 al 13 de septiembre, también relacionado con la presencia de don Leopoldo en Vigo y en Tuy de mons. José López Ortiz; en 1961: fue su última estancia, el 25 y 26 de julio.

3 En 1937 no le hubiera sido posible, porque se encontraba refugiado, huyendo de la persecución religiosa en Madrid.

Este viaje es una pequeña pieza de historia –duró tan sólo tres días– pero me parece interesante por las circunstancias en las que tuvo lugar y por su repercusión en la biografía de un santo que tuvo siempre un gran interés en la formación y atención espiritual del clero secular.

1. EL OPUS DEI EN PLENA GUERRA CIVIL: SAN JOSEMARÍA VA A SANTIAGO

La vida de Josemaría Escrivá de Balaguer es bastante conocida, pero no está de más recordarla brevemente, encuadrando especialmente el año de 1938, para comprender mejor el contexto en el que realizó su peregrinación a Santiago.

Nació en Barbastro (Huesca) el 9 de enero de 1902, en un hogar muy creyente, que sufrió duras pruebas en pocos años: perdieron tres hijas pequeñas y sufrieron la ruina económica. A consecuencia de este último suceso, el padre de san Josemaría se trasladó a Logroño para trabajar como empleado en un comercio, llevando consigo a su familia.

En Logroño, siendo estudiante de bachillerato, el joven Josemaría experimentó la llamada de Dios. Una experiencia que él mismo evocaba así, muchos años después: «Cuando apenas era yo adolescente arrojó el Señor en mi corazón una semilla encendida en amor»⁴. Nunca hasta ese momento había pensado en ser sacerdote o religioso, aunque tenía gran respeto por esas figuras. Y a pesar de no sentir una especial inclinación por la carrera eclesiástica, decidió orientar su vida al servicio de la Iglesia, para corresponder al amor divino y porque creyó que así sería «más fácil cumplir una voluntad de Dios, que no conocía. (...) Por eso me hice sacerdote»⁵, explicaba.

Recibió el presbiterado en Zaragoza el 28 de marzo de 1925, y después se trasladó a Madrid, en 1927, para realizar el doctorado en Derecho. Fue allí donde, el 2 de octubre de 1928, comprendió claramente lo que Dios quería de él. Solía afirmar que ese día *vio toda la Obra*, el mensaje central del Opus Dei. ¿Cuál era su contenido? Veamos cómo lo explicaba él mismo:

«Hemos venido a decir, con la humildad de quien se sabe pecador y poca cosa —homo peccator sum (Luc. V, 8), decimos con

4 Carta 25-I-1961, n. 3, en Andrés Vázquez de Prada, *El Fundador del Opus Dei, vida de Josemaría Escrivá de Balaguer*, vol. I, Madrid, 1997, p. 97.

5 Jaime Toldrá Parés, *Josemaría Escrivá en Logroño (1915-1925)*, Madrid, Rialp, 2007., p. 178.

Pedro—, pero con la fe de quien se deja guiar por la mano de Dios, que la santidad no es cosa para privilegiados: que a todos nos llama el Señor, que de todos espera Amor: de todos, estén donde estén; de todos, cualquiera que sea su estado, su profesión o su oficio. Porque esa vida corriente, ordinaria, sin apariencias, puede ser medio de santidad»⁶.

En Madrid contagió su celo a laicos –principalmente estudiantes universitarios– y a sacerdotes. A la vez, se ocupaba de atender a pobres y enfermos de las barriadas extremas de la Capital. Cuando estalló la guerra, tuvo que esconderse para librarse de la persecución religiosa que se desencadenó. De refugio en refugio, después de muchas peripecias y tras cruzar clandestinamente los Pirineos, se instaló en Burgos a principios de 1938.

Desde la ciudad castellana intentó retomar el contacto y atender espiritualmente –por medio de viajes y de numerosas cartas– a las personas que habían frecuentado los apostolados del Opus Dei en Madrid. Estaba físicamente rendido por las privaciones de la guerra y sus ayunos voluntarios y no tenía una peseta, pero podía dedicarse a su tarea pastoral con libertad.

Habían transcurrido casi dos lustros desde el nacimiento del Opus Dei. Años difíciles, de gestación, en los que a costa de mucho rezar y de grandes esfuerzos, consiguió reunir a un grupo de muchachos que entendían su mensaje y se habían comprometido a buscar la santidad en medio del mundo. Sacrificando el escaso patrimonio familiar que tenía y pidiendo dinero aquí y allá, montó también una pequeña residencia de estudiantes en Madrid, en la que formaba cristianamente y dirigía espiritualmente a bastantes universitarios.

Pero la guerra interrumpió esa labor y dispersó a los muchachos por los frentes, sin contar los que murieron o no perseveraron, a causa de las dificultades. Incluso la residencia quedó destruida, como el mismo don Josemaría pudo ver con un catalejo militar desde el frente de Carabanchel, en junio de ese mismo año, 1938.

Al santo le pesaba mucho sobre la conciencia la suerte de las personas que Dios le había encomendado, por lo que hacía lo posible y lo imposible por atenderlas espiritualmente, apenas intuía que le necesitaban, aunque tuviera que pasar días de viaje en aquellos medios de transporte maltrechos por la guerra, para ver a una sola persona. Les escribía con frecuencia –a veces unas pocas letras cariñosas, brevísimas– para hacerles llegar su afecto y recordarles

6 Carta 24-III-1930, n. 2, en Andrés Vázquez de Prada, *El Fundador... (I)*, p. 300.

que rezaba por ellos. Al mismo tiempo, les exhortaba a escribirse unos a otros.

Don Josemaría ofrecía duras penitencias y ayunos como reparación a Dios por tantos desmanes de la guerra y para implorar la ayuda divina sobre quienes se habían confiado a sus oraciones. Este rigor consigo mismo preocupaba seriamente a quienes convivían con él, que –en vano– trataban de que los mitigara, pues su salud estaba bastante maltrecha y físicamente se le veía agotado⁷.

En su ánimo sufría tribulaciones interiores –aunque no faltaban tampoco pruebas palpables de la cercanía de Dios–, que no trascendían al exterior, y que sólo conocemos por sus anotaciones personales: los llamados *Apuntes íntimos*. Se trataba de fenómenos bien conocidos en la vida de los santos: desamparo desgarrador, noche oscura del alma, tentaciones dolorosas que sólo el abandono total en las manos de Dios le permitía superar⁸.

En esas circunstancias, un sacerdote amigo, don Eliodoro Gil, le propuso realizar una peregrinación a Santiago para ganar el Jubileo. Don Eliodoro vivía en León⁹ y había conocido a san Josemaría en Madrid, en 1931, en casa de otro santo: san Pedro Poveda. Gil llegó a formar parte de un pequeño grupo de sacerdotes seculares que san Josemaría reunió en torno a sí en los años treinta, para transmitirles el espíritu del Opus Dei y pedirles ayuda pastoral en la labor apostólica que estaba desempeñando. Incluso llegaron a vincularse a él, pero esa colaboración no cuajó. Entre ellos hubo algunos que entendieron mejor el mensaje del Opus Dei, como don

7 Todo ello está bien descrito por Vázquez de Prada y era motivo continuo de queja para san Josemaría, porque le trataban de impedir que llevara a cabo su duro plan de penitencia. (Andrés Vázquez de Prada, *El Fundador del Opus Dei, vida de Josemaría Escrivá de Balaguer*, vol. II, Madrid, Rialp, 2002, pp. 274-277).

8 «Me veo tan miserable que muchas veces asomo la cabeza al oratorio, para decirle a Jesús: "no te fies de mí... yo, sí que me fío de ti, Jesús... Me abandono en tus brazos: allí dejo lo que tengo, ¡mis miserias!" Si no lo hiciera de este modo, ante la turbamulta de cosas que llevo dentro de mí, creo que me volvería loco. Abandonarme en Jesucristo, con todas mis miserias. Y lo que Él quiera, en cada instante, fiat! Monstra te esse matrem», *Apuntes íntimos*, n. 1585, 20-VIII-1938, en Vázquez de Prada, *El Fundador... (II)*, p. 311; «Me veo, no sólo incapaz de sacar la Obra adelante, sino incapaz de salvarme –¡pobre alma mía!– sin un milagro de la gracia», *Apuntes íntimos*, n. 1588, 28-IX-1938, en *ibid.* p. 323; las tribulaciones interiores de esos meses están bien descritas en pp. 100-105, 262-270.

9 Eliodoro Gil Rivera (1903-2000), nació en Villada, un pueblo de la provincia de Palencia, comprendido en la diócesis de León. Recibió la ordenación sacerdotal en 1927. Hasta 1944 residió en León, cuando se trasladó a Tuy para ser Canciller secretario del agustino José López Ortiz, recién nombrado obispo. En 1969 siguió a mons. López Ortiz a Madrid, tras el nombramiento de éste como Vicario General Castrense. Falleció en el año 2000.

José María Somoano –que murió en esos años, probablemente envenenado por odio a la religión–, y don Eliodoro Gil, que se incorporaría años más tarde a la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz¹⁰.

En 1938, Gil regía la parroquia de san Juan de Renueva en León. Allí se encargaba –por petición de don Josemaría– de imprimir a multicopista unas cuartillas que se preparaban en Burgos para transmitir noticias a los chicos que habían frecuentado los medios de formación del Opus Dei. El tono era familiar y animante, y no faltaban unas breves recomendaciones espirituales para mantener vibrante la vida cristiana de sus destinatarios. Se llamaban simplemente *Noticias*.

En abril de 1938 ya debían de haber hablado del posible viaje a Galicia, porque el santo lo menciona en alguna carta¹¹. Su idea no era *hacer* el Camino de Santiago, tal como se entiende ahora, porque las circunstancias no lo permitían y también porque no era su costumbre. Si bien es cierto que se podría llamar a san Josemaría un *santo peregrino* por la cantidad de peregrinaciones y romerías que hizo en su vida –especialmente a santuarios marianos–, casi siempre se trató de viajes rápidos. Tal vez seguía esa costumbre para que fueran más penitentes, por lo incómodos y cansados que eran; pero también, pienso yo, para no gastar dinero inútilmente y volver en seguida a sus ocupaciones, a su trabajo, después de haber rezado intensamente a la Virgen o a un santo o santa particulares¹². No hacía turismo, ni se paraba para ver con detenimiento los principales monumentos, incluso los religiosos, aunque le atraía mucho el arte. Otra característica de esas visitas a santuarios e iglesias era, como es obvio, la existencia de alguna intención importante por la que rezar.

La peregrinación a Santiago en 1938 tuvo esas características: fue breve y la realizó por una apremiante necesidad. Quería rezar por quienes dependían espiritualmente de él en esos momentos, y pedir al Apóstol por la labor –precisamente apostólica– que se había interrumpido por la guerra. También deseaba llenarse de la gracia jubilar para purificar su alma y crecer en santidad, más aún en esos momentos en que se sentía atribulado interiormente.

10 Sobre este tema ver José Luis González Gullón y Jaume Aurell, "Josemaría Escrivá de Balaguer en los años treinta: los sacerdotes amigos", *SetD* 3 (2009), 41-106.

11 Cfr. Carta de san Josemaría a Alejandro de la Sota Martínez, 7-IV-1938, en AGP, A.3-4, 0255-02, Carta 380407-02.

12 Son innumerables las visitas a santuarios marianos, especialmente en sus últimos años de vida: recorrió centenares de ellos en toda Europa, y bastantes en sus viajes a América. Además fue a rezar a santos como san Nicolás de Bari, santa Catalina de Siena, santo Tomás Moro, etc.

Su intención era ir a «ganar el jubileo y a pedir por todos», como escribía a Juan Jiménez Vargas el 11 de junio de 1938¹³. Y desde León, ya comenzado el viaje, decía a sus hijos que habían quedado en Burgos: «Pedid por mí: que este Jubileo jacobeo me limpie y me encienda el alma»¹⁴.

La ocasión propicia se produjo cuando otro sacerdote amigo, don Carmelo Ballester, fue consagrado obispo de la diócesis de León¹⁵. Escrivá no había podido asistir a su ordenación, por encontrarse de viaje, pero no pudo rechazar la invitación de don Carmelo de pasar unos días en el palacio episcopal¹⁶. Desde León parecía más fácil proseguir luego a Santiago. Yo creo que uno de los principales propósitos del obispo era cuidar un poco de san Josemaría, *obligándole* a descansar y a comer bien. Así se deduce de una carta del fundador del Opus Dei a los que habían quedado en Burgos en la que les detalla esas atenciones, que se podrían resumir en esta frase: «Ya estoy en León, mimado por este Santo Sr. Obispo»¹⁷.

En León le esperaba también don Eliodoro, que al principio había pensado realizar el viaje en automóvil, pero san Josemaría le convenció para utilizar el tren, más incómodo pero más barato¹⁸. Y allí apareció también el tercer componente de la peregrinación: Ricardo Fernández Vallespín, uno de los más antiguos miembros del Opus Dei, que gozaba de un permiso de convalecencia por unas heridas de guerra. Después de visitar a Juan Jiménez Vargas¹⁹ en

13 Carta de san Josemaría a Juan Jiménez Vargas, 11-VI-1938, en AGP, A.3-4, Carta 380611-02, cit. en Vázquez de Prada, *El Fundador... (II)*, p. 298. Juan Jiménez Vargas era uno de los miembros de la Obra más antiguos.

14 Carta de san Josemaría a sus hijos de Burgos, 15-VII-1938, en AGP, A.3-4, 0255-04, Carta 380716-02, cit. en Vázquez de Prada, *El Fundador... (II)*, p. 298.

15 Don Carmelo Ballester Nieto era provincial de los PP. Paúles y autor de una versión del Nuevo Testamento muy conocida. Se conocieron el 23-XII-1937 en el Palacio Episcopal de Pamplona, donde don Carmelo le regaló un ejemplar del Nuevo Testamento que san Josemaría apreció mucho; cfr. *Apuntes íntimos*, n. 1423, del 19-XII-1937, en Vázquez de Prada, *El Fundador... (II)*. El 15 de mayo fue consagrado obispo de León, mientras san Josemaría se encontraba de viaje en el frente.

16 Esto ocurrió el 5 de junio: cfr. Carta de san Josemaría a Juan Jiménez Vargas, 6-VI-1938, en AGP, A.3-4, 0255-03, Carta 380606-01.

17 Carta de san Josemaría a sus hijos de Burgos, 15-VII-1938, en AGP, A.3-4, 0255-04, Carta 380716-02, cit. en Vázquez de Prada, *El Fundador... (II)*, p. 347.

18 Cfr. Carta de san Josemaría a sus hijos de Burgos, 15-VII-1938, en AGP, A.3-4, 0255-04, Carta 380716-02.

19 Se lee en una carta de Ricardo: «Me dieron alta el diez y el permiso de convalecencia lo aproveché para ir a ver a Juan y luego fui a Santiago con Mariano», Carta de Ricardo Fernández Vallespín a Miguel [¿Fisac?], 29-VII-1938, en AGP, A.1, 0012-01-07. «Mariano» era el nombre con el que firmaba sus cartas san Josemaría, para eludir el control de la censura y también por devoción a la Virgen. Acabada la

el frente de Teruel, había pasado por Burgos y se plantó en León, dando una grata sorpresa a san Josemaría²⁰.

Como se habrá podido notar, disponemos de bastantes fuentes históricas acerca de este viaje, a pesar de que fue tan breve. Además de las cartas citadas, existen otras del mismo Escrivá, antes²¹ y después del viaje²², junto a varias misivas de quienes vivían en Burgos en esa temporada –José María Albareda, Francisco Botella y Pedro Casciaro– que hablan a otros miembros del Opus Dei del Jubileo ganado por el fundador en nombre de todos. Era una noticia que debió de proporcionar un gran consuelo a aquellos jóvenes, en las circunstancias de la guerra²³ y se explica que haya quedado abundante huella documental. El Opus Dei era muy pequeño entonces y era una gran noticia que el Padre, como se llamaba a san Josemaría, hubiera ido a poner bajo el patrocinio del Apóstol las

guerra lo mantendría –era uno de los nombres que le impusieron en el Bautismo– en sus cartas familiares.

20 Uno de los que estaban en Burgos, José María Albareda escribía en esos días: «Ricardo [Fernández Vallespín] llegó el 15 por la noche, de ver a Juan, y marchó el 16 a León. Sorprendería a Mariano [san Josemaría]. Irán –hoy salen– a Santiago, a ganar el jubileo», Carta de José María Albareda a Manuel Sainz de los Terreros, 18-VII-1938, en AGP, A.1, 0012-01-07.

21 Escribe al obispo de Ávila: «camino de Santiago, quiere el santo Sr. Obispo de León que le acompañe el día de su fiesta, y en León estaré varios días, a partir del próximo viernes», Carta de san Josemaría a Mons. Santos Moro Briz, en AGP, A.3-4, 0255-04, Carta 380711-01, cit. en Constantino Ánchel y Federico M. Requena, «San Josemaría Escrivá de Balaguer y el obispo de Ávila, mons. Santos Moro: epistolario durante la Guerra Civil (enero de 1938 – marzo de 1939)», *SetD* 1 (2007), p. 312; cfr. también Carta de san Josemaría a Isidoro Zorzano Ledesma, 12-VI-1938, en AGP, A.3-4, 0255-03, Carta 380612-01 y a Juan Jiménez Vargas, 11-VI-1938, en AGP, A.3-4, 0255-03, Carta 380611-02.

22 Usando un lenguaje en clave, le describía a Isidoro Zorzano la peregrinación como un viaje «a ver a Jacobo», cfr. Carta de san Josemaría a Isidoro Zorzano Ledesma, 1-VIII-1938, en AGP, A.3-4, 0255-04, Carta 380801-01; cfr. también Carta de san Josemaría a Miguel Sotomayor y Muro, 25-VII-1938, en AGP, A.3-4, 0255-04, Carta 380725-01 y a Tomás Alvira Alvira, 26-VII-1938, en AGP, A.3-4, 0255-04, Carta 380726-02.

23 «El Padre, salió el viernes para Santiago, viaje que hará con Ricardo, pues este de regreso del frente de Teruel, marchó a León, donde se reunirá con el Padre», Carta de Francisco Botella a Miguel Sotomayor, 17-VII-1938; «el P. está estos días en León y hoy habrá marchado desde allí, con Ricardo, que fue a buscarle, a Santiago», Carta de Pedro Casciaro a Miguel Sotomayor, 18-VII-1938; «Llegaron el miércoles de Santiago, el abuelo [san Josemaría] y Ricardo», Carta de Francisco Botella a Enrique Alonso Martínez, 24-VII-1938, (todas ellas en AGP, A.1, 0012-01-07); «se fue ya Ricardo a ver a Juan. Completamente restablecido, tiene 15 días de convalecencia, y a la vuelta de Aragón, pasará por Burgos, donde coincidirá con el abuelo, que ya estará de regreso de su viaje a Santiago; sale para allí, pasado mañana», Carta de Francisco Botella a Enrique Alonso, 13-VII-1938, en AGP, A.3-4, 0255-04, Carta 380713-01.

vidas de todos y también la expansión por España y por el mundo de la misión pastoral que Dios le había encomendado.

Tenemos además un bonito testimonio de don Eliodoro Gil, que escribió sus recuerdos en 1979, para la causa de beatificación y canonización de Escrivá²⁴. Nos ha dejado anécdotas jugosas de aquel viaje, aunque tratándose de la rememoración de sucesos muy lejanos en el tiempo, hemos cotejado su testimonio con fuentes contemporáneas, para colmar alguna laguna y precisar detalles. Por ejemplo, don Eliodoro no señaló que san Josemaría y él visitaron en Santiago a Josefa Segovia, la primera Directora General de la Institución Teresiana y cercana colaboradora de san Pedro Poveda, quien dejó reflejado ese dato en su diario personal: otro documento contemporáneo y externo al Opus Dei, que contribuye a la fijación de la cronología del viaje²⁵.

Pero quizá la fuente más elocuente sea el breve e intenso párrafo que san Josemaría incluyó en *Noticias* de agosto del 38, en donde describía el momento culminante de esa peregrinación: la celebración de la Eucaristía ante el arca que contiene los restos del Apóstol. A ella nos referiremos enseguida.

2. UN SACERDOTE JUNTO A LAS RELIQUIAS DEL APÓSTOL

Los tres peregrinos salieron de León el 17 de julio de 1938, después de celebrar la Misa. Don Eliodoro lo hizo en su parroquia, mientras que san Josemaría celebró en las Teresianas. Después del martirio de san Pedro Poveda, con quien había tenido tanta amistad –humana y espiritual– el fundador del Opus Dei procuraba visitar a las Teresianas allí donde pasara, para confortarlas y ayudarlas espiritualmente: les celebraba la Misa, les predicaba..., de acuerdo con Josefa Segovia, con la que también mantenía un frecuente y amistoso trato²⁶.

24 Después amplió y precisó algunos detalles, en otro testimonio de 1996.

25 Anotó: «Vienen D. José María Escrivá y D. Heliodoro y pasan aquí buena parte de la mañana», (18-7-1938), en González Rodríguez, María Encarnación, *Pasión por la santidad: biografía de M^{ca} Josefa Segovia*, Madrid, BAC, 2006, p. 413, nota 227.

26 «¿Qué le puedo yo negar a Pepa Segovia?», escribía san Josemaría en sus *Apuntes íntimos*, el 25 de enero de 1938. «Le he dicho que voy a llamarla siempre "hermana mía", mi buena hermana» (*Apuntes íntimos*, n. 1510). Cuatro días antes, el 21 de enero, había establecido con ella un programa de asistencia espiritual a las Teresianas (cfr. *Apuntes íntimos*, n. 1505; cfr. *ibid.*, n. 1503, del 21-I-1938, n. 1506, del 22-I-1938, y n. 1508, del 23-I-1938). El 3 de marzo le informaba de la intensa actividad que estaba desplegando, a la vez que volvía a pedir una ratificación expresa: «Voy, corriendo, de la Ceca a la Meca: si encuentro hijas de D. Pedro, les *espeto* una

«No recuerdo ahora bien lo que sucedió –se lee en el relato de don Eliodoro–, pero el hecho fue que perdimos el tren y un taxista, feligrés mío –de nombre Cartujo–, nos llevó hasta Veguellina de Órbigo, a unos treinta kilómetros de León, donde alcanzamos el tren. Cuento este detalle porque así hubo ocasión de que el Padre, en el coche, nos dirigiese una meditación que no he olvidado nunca.

»Tomó como tema a un burro de noria que vimos trabajando en el camino. El Padre nos fue hablando apoyado en la parábola de ese borrico, sobre el trabajo esforzado y continuo –monótono, si se quiere– pero eficaz: es ese trabajo el que va llenando los cangilones que derraman el agua a los campos que se cubren de verdor y fecundidad. Allí, desde las ventanillas del coche, contemplábamos la preciosa vega del Órbigo, donde se cultiva remolacha y lúpulo. Las palabras de Monseñor Escrivá de Balaguer nos dejaban clara la importancia de saber obedecer humildemente al propio cumplimiento del deber: recorrer el camino justo, con los ojos vendados, iluminados por la luz interior de la fe, sabiéndonos instrumentos en las manos de Dios»²⁷.

Como tendremos ocasión de ver, esta figura del borrico era muy querida para san Josemaría y la usaba a menudo en su predicación; además tenía un sentido autobiográfico.

Gracias a la pericia del conductor –y a la lentitud del tren–, llegaron a tiempo a la estación de Veguellina:

«Era un correo vulgar –cuenta don Eliodoro– que partía de Medina del Campo, y fuimos hasta Monforte de Lemos, donde comimos hacia las tres de la tarde. (...) El tren iba muy lento y llegamos a Santiago, pasando por Redondela y Pontevedra, hacia las dos de la mañana.

Nos hospedamos en el hotel La Perla²⁸ y al día siguiente pudimos decir Misa en la cripta de la Catedral»²⁹.

Fue el momento más esperado y más intenso de aquella breve peregrinación. Tenemos una breve descripción de esa Misa, del propio fundador, realizada en tercera persona, como era su costumbre, en la primera página de las *Noticias* de agosto de 1938:

plática... Así, tres veces en Bilbao, en Valladolid, en Ávila, en León y Astorga, en San Sebastián, en Zaragoza... ¿Le parece bien? Si no me lo aprueba explícitamente, me hago mudo», Carta de san Josemaría a Josefa Segovia, 3-III-1938, en AGP, A.3-4, 0255-02, Carta 380303-4. Cfr. Vázquez de Prada, *El Fundador... (II)*, pp. 256-257.

27 Testimonio de Eliodoro Gil Rivera (Madrid, 2-II-1979), en AGP, A.5, 0215-02-01.

28 "La Perla" era una pensión situada en la actual Avenida de Figueroa.

29 Testimonio de Eliodoro Gil Rivera (Madrid, 23-IV-1996), en AGP, A.5, 0215-02-01.

«SANTIAGO DE COMPOSTELA Y FINALES DE JULIO. EN LA CRIPTA, JUNTO A LAS RELIQUIAS DEL APÓSTOL, SE VIVEN PAUSADAMENTE LAS ORACIONES Y ACCIONES DE LA SANTA MISA. EL SACERDOTE, JUNTAS LAS MANOS A LA ALTURA DEL ROSTRO, SE RECOGE: SUS PRECES SON POR VOSOTROS, POR TODOS Y POR CADA UNO... UN CATEDRÁTICO CONOCIDÍSIMO³⁰, VUESTRO AMIGO —VUESTRO HERMANO— ACTÚA GOSAMENTE DE ACÓLITO, MUY UNIDO A LAS PETICIONES Y A LOS HACIMIENTOS DE GRACIAS DEL P.³¹ PODÉIS ASEGURAR QUE, EN ESPÍRITU, GANASTEIS EL JUBILEO JACOBEO».

Y a continuación, incluía el famoso grito de batalla de los ejércitos españoles, consabido en esos momentos de guerra pero también de oración por el futuro de la Patria: «¡SANTIAGO Y CIERRA ESPAÑA!». Y enseguida, como queriendo matizar lo anterior y subrayar que los católicos llamados al apostolado del Opus Dei no podían limitarse a esos afanes patrióticos que inflamaban entonces a la juventud, añadía entre doble y triple admiración: «¡¡SANTIAGO Y CIERRA EL MUNDO!! ¡¡¡SANTIAGO!!!»³². Es un detalle que me parece interesante en esos momentos de exaltación nacional: san Josemaría, ante los sagrados restos de aquel pescador galileo, venido hasta el *finis terrae* para predicar a Cristo, ponía delante de aquellos hombres jóvenes el horizonte universal y católico del fenómeno pastoral y apostólico del Opus Dei. En efecto, muchos de ellos, en los años por venir, llevarían ese mensaje por Europa y América³³.

En sus recuerdos, don Eliodoro aseguraba que «fue una Misa de acción de gracias maravillosa. Ganamos el jubileo y casi no hicimos turismo. Visitamos la Catedral, San Martín Pinario y poco más»³⁴. No recordaba el sacerdote que por la mañana estuvieron también

30 Se trataba de Ricardo Fernández Vallespín, a quien en broma llama aquí san Josemaría *catedrático*, quizá por su aspecto serio y distinguido, como se puede apreciar en las fotos de la época; además había sido el Director de la Residencia que frecuentaban aquellos estudiantes. Las hojas de *Noticias* contienen a menudo comentarios jocosos, sobre unos y otros, para llevarles algo de alegría y novedades sobre sus amigos.

31 "P.": el Padre, o sea san Josemaría.

32 *Noticias*, agosto de 1938, en AGP, A.2, 0011-02-06. He corregido la grafía del cierre de admiración, pues en el original sólo se emplea el signo de apertura.

33 Por mencionar sólo algunos, Ricardo Fernández Vallespín iría a comenzar la labor apostólica del Opus Dei en Argentina; Pedro Casciaro en México y José Luis Múzquiz en Estados Unidos; José María Hernández de Garnica trabajó en Francia, Inglaterra, Irlanda, Alemania, Suiza, Bélgica, Holanda, Austria...

34 Testimonio de Eliodoro Gil Rivera (Madrid, 23-IV-1996), en AGP, A.5, 0215-02-01.

con Josefa Segovia, quien anotó en su diario personal: «Vienen D. José María Escrivá y D. Heliodoro y pasan aquí³⁵ buena parte de la mañana, (18-7-1938)»³⁶. Josefa Segovia se encontraba de paso en Santiago, de lo que debieron de informar a san Josemaría las Teresianas de León. Como siempre hacía, no perdió la ocasión de saludarla.

A la mañana siguiente, tomaron el tren de regreso a León, donde se bajó don Eliodoro; san Josemaría y Ricardo Fernández Vallespín prosiguieron hacia Burgos, donde llegaron a altas horas de la noche.

3. LA AVENTURA DEL BORRICO DE NORIA Y EL AMOR A LA MISA Y AL SACERDOCIO

Querría comentar un significado que, en mi opinión, se podría dar a este viaje, tomando pie de la alegoría del borrico de noria y de otros aspectos que se relacionan con la vida sacerdotal del fundador del Opus Dei.

A) EL BORRICO DE NORIA

En primer lugar, es interesante notar que san Josemaría tuviera en la cabeza, durante esos días, la figura del borrico de noria, y que predicara una meditación a sus acompañantes sobre ese tema, en unas circunstancias como las que he descrito: en plena guerra, en un automóvil, corriendo para alcanzar un tren.

Unos meses después de este suceso, a fines de 1938, dio forma literaria a ese pensamiento y lo trasladó al punto 998 de *Camino*, penúltimo de ese libro. La idea que había glosado a sus acompañantes en el automóvil, mientras contemplaba los campos leoneses, quedó de esta forma:

«¡Bendita perseverancia la del borrico de noria! —Siempre al mismo paso. Siempre las mismas vueltas. —Un día y otro: todos iguales.

»Sin eso, no habría madurez en los frutos, ni lozanía en el huerto, ni tendría aromas el jardín.

35 Probablemente el encuentro tuvo lugar en la Residencia universitaria que tenían las Teresianas en Santiago desde 1929, cfr. González Rodríguez, María Encarnación, *Pasión por la santidad...*, p. 343.

36 *Ibid.*, p. 413, nota 227.

»Lleva este pensamiento a tu vida interior»³⁷.

Como ha estudiado Pedro Rodríguez, «el tema del borrico es constante, autobiográfico» en los primitivos escritos de san Josemaría. Y lo continuaría siendo a lo largo de toda su vida: usará muchas veces la metáfora del borrico, para ilustrar temas capitales del espíritu del Opus Dei, como la santificación del trabajo y de la vida ordinaria³⁸.

Pero en 1938, en aquellos momentos de exaltación política, cuando todo hablaba de gestas heroicas..., en unos tiempos, en suma, que nada tenían de ordinarios, a mí me resulta sorprendente que san Josemaría pusiera como modelo la figura del borrico. Incluso en el plano de la espiritualidad, ese ejemplo podía parecer contra corriente. Para quienes padecieron la persecución religiosa, en la que tantos miles de sacerdotes, religiosos y fieles católicos dieron testimonio de la fe, el ejemplo de santidad por excelencia era el del mártir, cuya vía para la santidad no es precisamente la ordinaria, sino la más excelsa y extraordinaria. La guerra había creado perspectivas –también en lo espiritual– que en cierto modo contrastaban con el ejemplo que proporciona la apacible vida del borrico.

En esas circunstancias, resulta llamativo que san Josemaría predicara la santidad en la vida ordinaria, cuando alrededor todo parecía necesitado de gestas y soluciones repentinas, heroicas. Lo más alejado, en apariencia, de la figura de un asno.

Hay otro dato significativo: san Josemaría quiso colocar esa reflexión en el penúltimo punto de *Camino*, lo que parece un claro mensaje para el lector. Ese punto, como también el último, suenan como una recapitulación del entero mensaje del libro. En el último, vuelve a su tema recurrente del Amor a Dios, que es como el «secreto» que ilumina su vida y su mensaje espiritual³⁹, desde aquella «semilla encendida en amor» que recibió en su juventud en

37 *Camino*, n. 998.

38 Josemaría Escrivá de Balaguer, *Camino, edición crítico-histórica preparada por Pedro Rodríguez*, 3ª ed, Madrid, Rialp, 2004, com. al n. 998.

39 «¿Que cuál es el secreto de la perseverancia? El Amor. –Enamórate, y no "le" dejarás», *Camino*, n. 999. Resulta más evidente su carácter de síntesis y su conexión con la metafórica figura del borriquillo este texto de su predicación en 1937, que cita Pedro Rodríguez en su edición crítico-histórica de *Camino*: «Este es el secreto para divinizar una vida, para convertirla en fecunda y valiosa y gloriosa: llenarla de amor, purificar todas las intenciones, encaminándolas a la gloria y satisfacción de Dios. ¿Qué importa que las acciones sean vulgares, y aun que las acompañe el fracaso, si es el Amor quien las ha inspirado?», Predicación en el Consulado de Honduras, 11-V-1937, en *op. cit.* comentario al n. 999. Ver sobre este tema el artículo de Guillaume Derville, "Une connaissance d'amour. Note de théologie sur l'édition crítico-historique de « Chemin » (II)", en *SetD* 3 (2009), pp. 277-305.

Logroño, hasta el final de sus días. Pero también el punto dedicado al borrico de noria es un resumen del mensaje de santificación en la vida ordinaria y en el trabajo que fue distintivo del fundador del Opus Dei y al que trató de conformar su existencia y que llevó a Juan Pablo II a definirlo como el «santo de la vida ordinaria»⁴⁰. Nada más ordinario ni más corriente, y a la vez nada más necesitado de un heroísmo sobrenatural constante, que la perseverancia en la propia labor humilde, día a día, tratando de convertirla en un encuentro amoroso y transformante con Dios.

Sobre todo si, como parece en este caso, había una dificultad añadida: una cierta «ceguera» espiritual, una tribulación interior que exigía una fe más fuerte y una obediencia total al querer divino. Eso parece reflejarse en las ideas que tan grabadas se le quedaron a don Eliodoro de aquella meditación por la vega del Órbigo: «recorrer el camino justo, con los ojos vendados, iluminados por la luz interior de la fe, sabiéndonos instrumentos en las manos de Dios»...

Se puede ver una relación, o si se quiere, una aparente contraposición, entre la imagen jacobea de la peregrinación y el itinerario vital simbolizado por el burro de noria. Como es sabido, el Camino de Santiago –como cualquier peregrinación– ha sido interpretado como una metáfora de la vida cristiana: un viaje hacia una meta precisa, que en este caso es «la casa de Galizia» –como la llamaba Dante⁴¹–, símbolo de la casa del Padre Celestial al que se encamina el bautizado desde el momento de su regeneración sacramental.

Es un buen símbolo, pues la ruta jacobea, con su variada sucesión de paisajes y pueblos, su alternarse de horizontes más o menos monótonos, sus fatigas y a veces también sus peligros, representa muy bien el discurrir de la existencia cristiana. Se trata de un itinerario lineal, que sigue una senda ciertamente marcada, donde siempre cabe una incógnita, un error, una desviación o un encuentro inesperado: algo que es nuevo para el peregrino, que rompe la monotonía y que exige una respuesta personal para no perder la ruta.

Nada de esto sucede en el itinerario circular del borrico: allí no hay sorpresas. Sólo las mismas vueltas en torno al mismo punto. Senda monótona, cíclica, sin variedad alguna, donde la fortaleza que se pide al que la recorre es la de continuar creyendo que aquel

40 «*sanctus vitae ordinariae*», la expresión se encuentra en la *Bula de Canonización del beato Josemaría Escrivá*, 6-X-2002, en AAS 95 (2003), pp. 745-747, p. 745.

41 Dante Alighieri, *Vita Nuova*, XL.

caminar no es inútil, no es infecundo, porque también acaba llevando a la meta trascendente. Ese modo de entender la vida era para san Josemaría una «aventura divina»⁴², «la gran Aventura del Amor»⁴³, donde la heroicidad no consistía en afrontar la variada sucesión de aventuras que plantea un viaje lineal, sino en perseverar día tras día en las mismas cosas, con amor a Dios renovado.

Pienso que esta visión del borrico no es contraria, sino complementaria a la de la peregrinación de la vida. Ambas simbolizan aspectos diversos de una misma realidad y se iluminan recíprocamente. Quizá fue una casualidad, pero el hecho es que san Josemaría quiso comenzar su primera peregrinación jacobea meditando el ejemplo del burro de noria.

B) LA SANTA MISA Y EL AMOR AL SACERDOCIO

Otro aspecto que desearía destacar, pues representa el momento culminante de la primera peregrinación de san Josemaría a Santiago y nos coloca en la perspectiva del año conmemorativo del 150º aniversario del *dies natalis* del Santo Cura de Ars, es la Santa Misa que celebró junto a las reliquias del Apóstol. Quien conozca la vida y enseñanzas de san Josemaría sabrá que siempre consideró a la Misa como «el centro y la raíz de la vida espiritual»⁴⁴ y de su propia experiencia sacerdotal. Es algo que encontramos en tantos santos y sacerdotes ejemplares. Recordemos, por ejemplo, lo que confiaba Juan Pablo II: «La Santa Misa es, de modo absoluto, el centro de mi vida y de toda mi jornada»⁴⁵.

No es extraño que esa Misa ante el sepulcro del Apóstol fuera lo más destacado de ese viaje. Las palabras de don Josemaría Escrivá, recogidas en los papeles de *Noticias* nos transmiten claramente ese mensaje: «EN LA CRIPTA, JUNTO A LAS RELIQUIAS DEL APÓSTOL, SE VIVEN PAUSADAMENTE LAS ORACIONES Y ACCIONES DE LA SANTA MISA»... Pausa y atención en la liturgia y en las oraciones vocales, máxima concentración y fervor, sentido del misterio celebrado: son características de la Misa del fundador del Opus Dei, que impresionaban mucho a quienes la presenciaban, como tantos testigos han declarado. Don Eliodoro, en uno de

42 San Josemaría Escrivá de Balaguer, *Surco*, n. 86.

43 San Josemaría Escrivá de Balaguer, *Forja*, n. 448; cfr. *Amigos de Dios*, n. 22.

44 Cfr. San Josemaría Escrivá de Balaguer, *Es Cristo que pasa*, n. 87; *Forja*, n. 69.

45 Juan Pablo II, Discurso con ocasión del trigésimo aniversario del decreto *Presbyterorum Ordinis*, 27-X-1995.

los testimonios citados, tras evocar aquella celebración ante las reliquias de Santiago escribía:

«Recuerdo ahora la Misa que decía el Padre. La Misa del Padre era la Misa de un santo. No exagero. Era así. El oír la Misa del Padre era un gozo porque te llegaba al alma. Durante la Misa te transmitía lo que tenía dentro, te lo transmitía sin teatralidad ninguna, te lo transmitía de tal forma que te afectaba profundamente»⁴⁶.

Esta centralidad de la Misa está relacionada con otro aspecto que desearía tratar en estas consideraciones: la idea del sacerdocio que tenía el fundador del Opus Dei. «El Sacerdote —quien sea— es siempre otro Cristo», escribió en *Camino*, en ese mismo año de 1938. Era un pensamiento que había madurado mucho antes: ya en 1930, dos años después de recibir la iluminación sobre toda la Obra de Dios, escribió en sus *Apuntes íntimos*:

«Porque ésa será otra característica de la Obra de Dios: la profunda veneración y respeto que todos sus miembros manifestarán, de palabra y obra e interior sentir, a todos los sacerdotes, de cualquier familia religiosa que sean, de cualquier nación, de cualquier raza: porque el sacerdote —a fin de cuentas— es siempre el mismo y uno: Cristo»⁴⁷.

Una doctrina —la del sacerdote como *alter Christus*— que había expresado unos decenios antes san Pío X, en su famosa exhortación *Haerent animo*⁴⁸, sobre la santidad de los sacerdotes. También encontramos esa expresión en otros textos magisteriales y en autores espirituales de la época⁴⁹. San Josemaría la hizo suya hasta el final de su vida, cuando —en los años del postconcilio—, se preguntaba:

«¿Cuál es la identidad del sacerdote? La de Cristo. Todos los cristianos podemos y debemos ser no ya *alter Christus*, sino *ipse*

46 Testimonio de Eliodoro Gil Rivera (Madrid, 23-IV-1996), en AGP, A.5, 0215-02-01.

47 *Apuntes íntimos*, n. 101, 25-X-1930, en *Camino*, ed. *crit-hist.*, com. al n. 66.

48 Del 4-VIII-1908: fue un texto muy conocido en la época, y muy recomendado por los pontífices posteriores, que el Papa Sarto escribió de su puño y letra con motivo de su 50º jubileo sacerdotal, vertiendo en él su propia experiencia. Es seguro que san Josemaría meditó ese documento que se aconsejaba leer a los candidatos al sacerdocio. En uno de sus pasajes centrales, Pío X afirma: «Si el sacerdote se llama y es *otro Cristo* porque participa de su potestad, ¿no deberá hacerse y ser considerado tal también por la imitación de sus obras?», Exhort. *Haerent animo* (4-VIII-1908), ASS 41 (1908), p. 569. La misma idea, casi textual, se encuentra en la Enc. *E supremi apostolatus cathedra* (4-X-1903), ASS 36 (1903-04), p. 135. Me he ocupado del tema en mi tesis de licenciatura: *San Pío X y el reinado social de Cristo*, Pontificia Universidad de la Santa Cruz, Roma, 2003, pp. 107-110.

49 Cfr. *Camino*, ed. *crit-hist.*, com. al n. 66.

Christus: otros Cristos, ¡el mismo Cristo! Pero en el sacerdote esto se da inmediatamente, de forma sacramental»⁵⁰.

Como hemos dicho, un rasgo constante en las enseñanzas de san Josemaría es la preeminencia del Amor —escrito así, con mayúscula—, que encontramos en la raíz de su respuesta a las llamadas de Dios: en la respuesta a la vocación, en la perseverancia en la monotonía del borrico de noria, muy especialmente en la celebración de la Misa. Para él, el sacerdote es y debe ser sobre todo un hombre enamorado de Jesucristo. Veamos cómo lo explicaba —con un claro sentido autobiográfico— en 1969, durante una reunión con personas del Opus Dei:

«El sacerdote, si tiene verdadero espíritu sacerdotal, si es hombre de vida interior, nunca se podrá sentir solo. ¡Nadie como él podrá tener un corazón tan enamorado!

Es el hombre del Amor, el representante entre los hombres del Amor hecho hombre.

Vive por Jesucristo, para Jesucristo, con Jesucristo y en Jesucristo.

Es una realidad divina que me conmueve hasta las entrañas, cuando todos los días, alzando y teniendo en las manos el Cáliz y la Sagrada Hostia, repito despacio, saboreándolas, estas palabras del canon: *Per Ipsum, et cum Ipso et in Ipso...* Por Él, con Él, en Él, para Él y para las almas vivo yo.

De su Amor y para su Amor vivo yo, a pesar de mis miserias personales. Y a pesar de esas miserias, quizá por ellas, es mi Amor un amor que cada día se renueva»⁵¹.

Aspiraba solamente a ser un «sacerdote cien por cien»: encontramos esa expresión precisamente en una carta al obispo de Madrid, fechada pocos días después de la peregrinación a Compostela⁵².

Un sacerdote comprometido también en la atención pastoral de los sacerdotes, como hemos recordado. Precisamente, al volver de Santiago, se dedicó con esfuerzo a la atención espiritual de sacerdotes y seminaristas, pues muchos obispos le pidieron que predi-

50 «Sacerdote para la eternidad» (13-IV-1973), en San Josemaría Escrivá de Balaguer, *Amar a la Iglesia*, n. 38. Ver Mercedes Otero, «El 'alma sacerdotal' del cristiano», en Pedro Rodríguez et al. (eds.), *Mons. Escrivá de Balaguer y el Opus Dei*, 1985, pp. 293-320; José Luis Illanes, «El cristiano 'alter Christus - ipse Christus'...», 1994, pp. 605-622; y Antonio Aranda, «El bullir de la sangre de Cristo», 2000, pp. 203-254.

51 San Josemaría, Notas de una reunión familiar, 10-IV-1969 (AGP, P01, 1969, p. 502). Cit. en Javier Echevarría, *Para servir a la Iglesia. Homilias sobre el sacerdocio*, Madrid, Rialp, 2001, p. 243.

52 Carta de san Josemaría a Mons. Leopoldo Eijo y Garay, 7-VIII-1938, en AGP, A.3-4, 0255-02, Carta 380807-1, en Vázquez de Prada, *El Fundador... (II)*, p. 297.

caja ejercicios al clero de sus diócesis. También predicó a muchas comunidades religiosas y a muchos grupos de la Acción Católica. Las tandas fueron más numerosas en los años de la posguerra.

Otro hecho interesante, y quizá menos conocido, es que en 1950 llegó a pensar en realizar una nueva fundación para los sacerdotes diocesanos. Muy pocos conocían esa determinación, que era fruto de una luz interior. Mons. Xavier de Ayala, recordaba una conversación que debió de tener lugar en 1950 en la que san Josemaría le habló «con mucha confianza de la gran inquietud interior que había venido sintiendo desde hacía algún tiempo. Era que, habiéndose esforzado tanto por llevar el espíritu del Opus Dei a los laicos, hombres y mujeres, no había hecho nada por sus hermanos sacerdotes diocesanos. Añadió que el Señor se lo había venido pidiendo con fuerza, de modo que si no lo hiciera pondría en peligro la salvación de mi alma o al menos tendría que pasar muchos años en el Purgatorio»⁵³.

Providencialmente, encontró una solución que hacía innecesaria una nueva fundación, lo que habría implicado tener que dejar de dedicarse al Opus Dei:

«Dios no lo quiso así [que dejara la Obra], y me libró, con su mano misericordiosa —cariñosa— de Padre, del sacrificio bien grande que me disponía a hacer dejando el Opus Dei. Había enterado oficialmente de mi intención a la Santa Sede, como ya os he escrito, pero vi después con claridad que sobraba esa fundación nueva, esa nueva asociación, puesto que los sacerdotes diocesanos cabían también perfectamente en la Obra»⁵⁴.

Comprendió el tipo de atención espiritual que la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, unida al Opus Dei, podía proporcionarles para ayudarles a tener vida contemplativa en medio del cumplimiento de las propias tareas pastorales.

Para terminar estas consideraciones, quiero mencionar su insistencia en que también los laicos cultivaran su «alma sacerdotal», ejerciendo el sacerdocio común de los fieles: que fueran gente con espíritu contemplativo, firmemente enraizados en la vida de oración, con la Santa Misa en el centro de la propia existencia cristiana, y que buscaran elevar a Dios todas las cosas en las que interviniesen, comprometiéndose a fondo, con sentido de respon-

53 Testimonio de Xavier de Ayala (15-VIII-1978), en AGP, A.5, 0194-03-01 p. 31. Cfr. Andrés Vázquez de Prada, *El Fundador del Opus Dei, vida de Josemaría Escrivá de Balaguer*, vol. III, Madrid, Rialp, 2003, pp. 172 y ss.

54 Carta 24-XII-1951, n. 3, en *ibid.*, p. 172 y ss.

sabilidad, en la sociedad en la que viviesen, para llevar ahí la luz y el calor de Cristo: la verdad, la justicia y el amor.

De todo esto nos habla aquel peregrino de 1938: un sacerdote que vino a buscar en Santiago la fuerza y amor a Jesucristo que caracterizaron al hijo de Zebedeo, y que en esos momentos necesitaba para cumplir la misión apostólica que Cristo le había confiado.